

“Síntoma – metáfora: acerca de lo que acontece en las hiancias”.

El punto de partida, con el que me propongo empezar a rodear el gran interrogante que ha abierto en mí la reconfiguración de la clínica, pasa por considerar el síntoma como metáfora, en tanto es allí donde, según precisiones de J. C. Indart, en la primera de sus conferencias, inédita aún, de las “Noches de los miércoles”, de la EOL, Lacan llega más lejos en lo que conviene ir teniendo en cuenta para ir hacia el síntoma como acontecimiento del cuerpo, un horizonte.

Toma allí varias referencias de la obra de Lacan para ir precisando cómo es que la irrupción del síntoma, del mínimo fallido, hace caer un significante que nos hubiera permitido continuar en la cadena significante actual, vacía. Eso que se incrusta, dice, es el significante enigmático del trauma sexual, de significaciones inaccesibles.

¿Cómo ir cercando, entonces, este síntoma como metáfora, que en principio da lugar a todo tipo de significaciones, por la posibilidad de sustituir, pero que, en última instancia, se va perfilando como metáfora de un imposible? Metáfora que, como bien dice J.C. Indart, va generalizando muy bien una ubicación del síntoma en el lugar de la no relación sexual. Esto, sin perder de vista, claro, el binomio con el que hemos trabajado a lo largo de este año: síntoma y creencia

Para articular algo de lo antedicho, tomo las coordenadas del seminario 11, “Los cuatro conceptos fundamentales”, de Jaques Lacan. Allí, de entrada, Lacan da un paso sobre el inconsciente estructurado como un lenguaje, y se refiere a la función de la causa, el inconsciente como causa. Paso a paso va emparentando esta función con una hiancia significante, con lo que hay de indeterminado. Dice: “El inconsciente freudiano se sitúa en ese punto donde, entre la causa y lo que ella afecta, está lo que cojea”. Y nos lleva a ver qué es lo que Freud encuentra en ese hueco, en la “hiancia característica de la causa”, algo que pertenece al orden de lo no realizado, una sexualidad fallida, que no pudo realizarse, como dimensión de lo traumático en Freud, en su “Etiología de la neurosis”.

¿En qué podemos ver este funcionamiento del inconsciente, planteado en estos términos, respecto del tema que me ocupa? Veamos: venimos en la cadena significante, actual, una frase pronunciada y algo viene a tropezar... Así es como se da en el acto fallido, por ejemplo, falla que produce la discontinuidad en la cadena que, en el orden de la causa, encuentra una hiancia. Tropezamiento con carácter de sorpresa, en tanto rebasa al sujeto, que encuentra a la par, dice Lacan, más y menos de lo que esperaba.

Momento de apertura del inconsciente, que insta al sujeto en su indeterminación, asaltado por la pregunta que introduce el tropiezo, que lo pone frente a una significación que desconoce. División que lo lleva a recorrer las cadenas de la asociación libre, en un segundo tiempo de producción del inconsciente, que encaja muy bien con las leyes del lenguaje, metáfora y metonimia.

Lacan retoma, pues ya lo había trabajado antes, “el tropiezo de la memoria respecto de la palabra Signorelli”, y se refiere al primer ejemplo freudiano, de su “Psicopatología de la vida cotidiana”. Al respecto, dice Lacan, “es imposible no ver surgir en el texto mismo e imponerse, no la metáfora, sino la realidad de la desaparición, de la supresión, de la *Unterdrückung*, el paso hacia abajo” (del término “*Signor*”). Pone de relieve (tal como se sigue en el texto “*Signorelli: un olvido paradigmático*”, de los autores Favret, Raíces, Rossi, del libro “*Vigencia de las formaciones del inconsciente*”, de J. C. Indart y otros), el rasgo de estructura del olvido. “El olvido responde estructuralmente a una propiedad del significante, esto es, la de borrarse. Con el término latino *Oblivium* – que significa ‘omitir algo, caer en el olvido’ – destaca aquello que borra el significante, luego de lo cual indica esto como encuentro de la ‘estructura basal’: algo que tacha otra cosa y que es, según Lacan, algo de nivel más primordial que la represión, siendo equivalente en Freud a la función de censura de un texto”.

Esta referencia pone en evidencia, para los autores, esa propiedad del significante de borrarse, suprimirse, aún antes de la operación de represión como tal, pero creando el hueco que podría ser aprovechado por la misma. O sea, el lugar de la falta va a dar lugar a sustituciones significantes, pero ninguna de ellas podrá ocupar ese lugar cuando caigan las cadenas de asociaciones, punto de tope que nos deja en la segunda hiancia, de algo que se vuelve a perder.

De un salto, que sólo tiene a bien saltar lo que no conviene a mi camino, me meto en la clase llamada “*La pulsión parcial y su circuito*”, de este seminario 11. Allí, está tratando de introducir la sexualidad, no ya la que unifica el amor, la que aportan las significaciones fantasmáticas, sino una más ligada a la economía del intervalo, real, de la segunda hiancia.

“*La pulsión*, dice Lacan, es el montaje a través del cual la sexualidad participa en la vida psíquica, y de una manera que tiene que conformarse con la estructura de hiancia característica del inconsciente”. Claro que viene de decir que las pulsiones con la tensión que establecen están ligadas a un factor económico, y el principio de placer, propio del proceso primario, intenta asegurar la homeostasis de estas tensiones internas. “En el intervalo está la sexualidad, continúa Lacan. De no haberse manifestado la sexualidad, en forma de pulsiones parciales, como lo que domina toda la economía de este intervalo,

nuestra experiencia no sería más que una mística (...), a la cual le faltaría aquello que constituye en ella la presencia, el Dasein, de la sexualidad". Está tratando de ubicar el "ser ahí" de la sexualidad, como presencia real, lo que nos diferencie de otras prácticas del orden de lo meramente interpretativo, casi adivinatorio.

Dice Lacan: "La legibilidad del sexo en la interpretación de los mecanismos inconscientes es siempre retroactiva". En esos términos, una interpretación realizada en términos retroactivos de la sexualidad infantil no articula aún un real sexual, permanece todavía en el plano de la significación. Pero este interesante párrafo continúa: "Esta legibilidad pertenecería exclusivamente al registro de la interpretación si no pudiésemos estar seguros de que, en cada instante de la historia, las pulsiones parciales han intervenido eficazmente en el momento y lugar apropiados". Y ahí parece dar un paso, paso al límite, entre el borde que muestra la significación, el desciframiento y algo que efectivamente ha acontecido, del orden de la discontinuidad en la vida del sujeto, de lo que no articula un significante con otro, de lo que aparece en el intervalo. Allí, se articula el lenguaje con algo del cuerpo, lo que aporta, según se sigue, algo del orden de lo que podemos estar seguros como analistas, interrupción que vincula la sexualidad con lo traumático, trauma sexual donde, en lo que acontece, las pulsiones han intervenido eficazmente.

A propósito de esto último, párrafos siguientes, Lacan sostiene que nos enfrentamos sólo con la sexualidad que pasa por las redes del significante, "sexualidad que sólo se realiza mediante la operación de las pulsiones parciales, parciales respecto de la función biológica de la sexualidad". Sexualidad parcial que para integrarse a la dialéctica del deseo, como dice más tarde, requiere que entre en juego algo del cuerpo que Lacan llama "aparejo", como aquello con lo que los cuerpos bien pueden "aparejarse", que no es lo mismo, claro, que aparearse. Esto último, nos aleja de lo sexual en términos parciales, de lo que podemos empezar a cernir en el intervalo, nos lleva hacia algo que sólo podemos significar, imaginar, esto es, una relación sexual.

¿Qué es, entonces, lo que va dejando esta consideración de los términos en que intento abordar lo que ocurre -pues de eso se trata, de lo que ocurre... -, en el intervalo, hiancia de cierre, en la que nos va depositando cada vez la interpretación del deseo, en su temporalidad de metonimia, el desciframiento? Pues Lacan trata de articular, en esos pasos, se puede seguir así, una sexualidad real a la que Freud fue llegando en los límites del lenguaje. Se trata, según se sigue, de la intervención de las pulsiones parciales, como dice Lacan, en la incidencia del trauma sexual, de lo efectivamente acontecido, de lo que hay de cuerpo y lenguaje.

Esto que va dejándose cernir poco a poco como acontecer pulsional, propio de la sexualidad real del intervalo, se emparenta, al parecer, con la falta significante, con la hiancia causal planteada en esos términos, al principio, tal como veíamos con el olvido del significante "Signorelli". ¿Qué mostraba? La propiedad del significante de suprimirse, borrarse, dejando un hueco que bien puede prestarse a sustituciones, pero que acá vamos haciendo corresponder con algo de lo pulsional que interviene. Una hiancia, una ranura, el rasgo ya de la abertura que hace surgir la ausencia, pero a la manera del grito, dice Lacan, que no se perfila sobre el telón de fondo del silencio sino que al contrario lo hace surgir como silencio.

Son los términos en los que se manifiesta la discontinuidad, en un corte del sujeto. "Allí, una cosa distinta exige su realización, algo que aparece como intencional, pero con una extraña temporalidad". Algo que con más radicalidad, pues se trata del inconsciente en su dimensión sincrónica, hay que situar en el plano del ser, no de la ontología, claro, pues ello nos conduciría a articular un S2, por la corredera metonímica del semblante, sino en la medida en que éste recae en el plano del sujeto de la enunciación, de lo que se pierde tanto como se vuelve a encontrar. Se trata siempre, dice Lacan, del sujeto en tanto que indeterminado quien, en un interjección, en un imperativo, hasta en un desfallecimiento, le afirma a uno su enigma. ¿No es, acaso, sobre este enigma que podemos tirar, arrancarle, desde estas coordenadas, la creencia al síntoma?

